

Violencia. Mitad de los docentes dice que alumnos

los hostigan. **Andropausia.** Hombres
más malhumorados. **Plagio.** Artista

autor de stand ministerial no se lo reconocen



DOMINGO

EL PAIS

MONTEVIDEO
14 DE SEPTIEMBRE DE 2008
AÑO IV. N° 193



FOTOS: INÉS GUIMARAENS

AGONÍA DEMOGRÁFICA RURAL

Esos pueblos que salieron del mapa

Medio millón de personas viven en el campo, pero algunas se concentran en localidades de 30, 20 y hasta 10 habitantes. Aquí, crónica de un Uruguay despoblado.

CATERINA NOTARGIOVANNI - GABRIELA VAZ
En Uruguay hay una quincena de localidades con menos de treinta habitantes, según consigna el último censo del Instituto Nacional de Estadística, realizado en 2004. En algunos casos, el número se reduce aún más: 20, 15 o hasta 11 personas. La mayoría de las veces se trata de lugares que fueron muy poblados y que, de un tiempo a esta parte (20, 30, 50 años, según el caso) vieron su cantidad mermar drásticamente. En muchos quedan vestigios de esa vida anterior: escuelas sin niños, capillas cerradas, comisarías abandonadas, viviendas

vacías. Las razones de la deserción son comunes: falta de trabajo, falta de lugares para estudiar y deceso de habitantes, con carencia de reposición. La lejanía también está marcada, pero por caminos imposibles, señalización cero y ausencia de servicios básicos.
Sin embargo, los habitantes no acusan descontento. Si bien muchos están allí “porque no queda otra”, otros tantos lo eligen y no cambiarían su rutina por nada. ¿Quiénes son esas personas? ¿Por qué se quedaron? ¿Qué añoran de los años dorados de su pueblo? ¿Cómo es transcurrir los días en un lugar minúsculo, donde se convive cada hora con el mismo grupo reducido de personas? *Domingo* visitó Pueblo Ferrer (Florida), Mangrullo (Cerro Largo) y Poblado Alonso (Treinta y Tres) y encontró algunas respuestas.
MANGRULLO. El diccionario dice que, en Uruguay y Argentina, se llamaba mangrullo a una torre rústica que servía de atalaya en las proximidades de fortines, estancias y poblaciones de la pampa y otras re-

giones llanas. A 25 kilómetros de Melo, al Norte por la Ruta 8, se abre un camino capaz de castigar las llantas de cualquier vehículo. Si se logra atravesar la senda repleta de piedras en punta que asoman a lo largo de otros 20 kilómetros, se divisa una casa blanca que da nombre a una localidad donde conviven 31 personas. “Antiguamente, arriba existía un altillo, que era un mirador desde el que se vigilaba la zona”, confirma Norma Segade (61), actual moradora de la construcción junto a su marido, hija y nieta, sobre la procedencia del nombre del pueblo.
En Mangrullo no hay agua corriente ni energía eléctrica. Cuesta asimilar su distribución con la de un pueblo típico. Se trata de un grupo de viviendas dispersas al costado del camino. Por eso, muchos en Cerro Largo sostienen que “fue” un pueblo, pero hoy se ha vuelto un “caserío”. Entre los que fallecieron y los que eligieron un pasar urbano, la población fue mermando notoriamente. Algunas reminiscencias de la vida que supo tener el lugar todavía quedan. Frente a las vivien-

das, cruzando la vía, hay un puesto policial abandonado. “Hace meses que está vacío”, cuentan los lugareños. El escudo que lo identifica, aún sobre la fachada, es el único soporte en el que puede leerse el nombre del pueblo. No hay más cartelería. Tampoco la capilla está en uso; una casona alargada con cruz al frente y todas las puertas y ventanas cerradas, que hacen imposible ver su interior. Dicen que un cura la abre “cada tres meses”.
La vida allí transcurre sin alteraciones y todos destacan la tranquilidad como el mayor valor, aunque algunos habitantes se encuentran más a gusto que otros. Norma es la promotora de salud de la zona y lleva 41 años viviendo en Mangrullo, “lo más bien”. Ella es de Melo pero llegó al pueblito porque su marido nació en él. Ahora está tan arraigada que prefiere ni pensar en mudarse, aunque tiene que calibrarlo. “Toda mi vida está acá. El problema lo voy a tener cuando mi nieta (de 11 años) termine 6º y tenga que ir al liceo. No sé qué vamos a hacer”. Ese es otro de los motivos de la deserción. El pueblo cuenta con escuela,

pero el liceo más próximo está en Isidoro Noblía, una localidad aledaña. “Hay una camioneta que los lleva, pero no me sirve ese sistema porque se va con los chiquilines a las 6 de la mañana y los trae a las 6 de la tarde. Es todo un día fuera de la casa. Además, salen del liceo a las 4, ¿qué hacen mientras? Así que vamos a ver. Pero a mí me encanta estar acá. Es mi zona y tengo todas las comodidades”.
Las comodidades a las que hace referencia Norma incluyen radio, televisión color y antena parabólica, un lujo que le permite sintonizar decenas de canales, aunque todos brasileños. Eso sí, que los habitantes de Mangrullo puedan mirar televisión depende casi exclusivamente del clima. A falta de electricidad, la energía proviene de paneles solares y si está nublado “hay que cuidar, para el teléfono y las novelas”, aclara Norma.
Dalmiro Moura (62) y Celia Bentancur (60) no tienen parabólica, pero lo cierto es que la vieja tele blanco y negro que guardan en la

Pasa a la página siguiente ●●●